

# Los Contemporáneos



YZQUIERDO  
DVA

## LA CIENCIA DEL DOLOR

Novela por

M. R. Blanco-Belmonte

15 Cts.





Truena el cañón, bate el tambor,  
Suena el clarín. ¡¡Qué horror, qué horror!!  
No os asustéis; no os dé pavora:  
voy a anunciar la PECA CURA.

Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2,50;  
Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia,  
3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco.  
Liciones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20  
pesetas, según frasco.

#### ULTIMAS CREACIONES PRODUCTOS SERIE "IDEAL"

Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Ad-  
mirable, Matinal, Chipre, Rocio Flor, Rosa,  
Vértigo, Clavel, Muguet, Violeta, Jazmín.  
Jabón, 3; Polvos, 4; Loción, 4,50, 6,50 y 20  
pesetas, según frasco. Esencia para el pañue-  
lo, 18 pesetas, frasco en estuche.

Cortés Hermanos.—(Sarriá).—Barcelona.

## FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS GUANTES  
GENEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA  
12, CAPELLANES, 12  
PRECIO FIJO

Obras últimamente

publicadas

DE

AUGUSTO MARTINEZ  
— OLMEDILLA —

RESURGIMIENTO, novela, 3,50 pts.  
TEATRO DE MARIONETAS, 3,50 pts.  
EL MAL MENOR, novela, 4 pts.

De venta en las prin-  
cipales librerías.

## MONTANO

Además de los pianos de esta acreditada fabricación,  
participa al público haber recibido nuevos de Rö-  
nisch, de Alemania, y otras marcas extranjeras en  
autopianos.

Calle de San Bernardino, núm. 8, Madrid.

La dirección advierte a  
los colaboradores es-  
pontáneos que no se re-  
vuelven los originales  
ni se mantiene corres-  
pondencia sobre ellos.

## La ciencia del dolor

### I

No, no eran supercherías, ni farsas adivinatorias, ni prácticas de espiritismo las conquistas realizadas por el doctor Rossi.

En ellas no había irrespetuosidades para la religión, ni desacatos para los dogmas y enseñanzas que Elena, su amante compañera, aprendió a amar desde la niñez.

Hubo, sí, una época en que el alma de la mujer enamorada temió que la rival insaciable, la Ciencia, trastornase el equilibrio del cerebro del luchador tenaz, del sabio austero.

Sabía la esposa que los dominios del genio se extienden hasta las fronteras de la locura, y se ahogaba en opresión de angustia al pensar sólo en que su Fernando pudiese llegar al lindero del imperio en el cual el alma se divorcia para siempre del cuerpo, de la regularidad acompasada de la vida que va abriendo surcos, cual mansa bestia en el campo de pan llevar del mundo.

Transigió con la Ciencia, mientras la Ciencia se le mostró en aspectos

amables, no muy distintos de los que ofrecen curiosidad gustosa a los alumnos en prácticas de Física y Química.

Le interesaron vivamente los trabajos seroterápicos y radioscópicos de su marido. Cuando el Doctor, después de haber sido compañero de Behring, de Roux y de Roentgen, preparó y aplicó el suero antidiftérico; cuando salvó cientos de vidas de pobres niños; cuando, por el empleo de los rayos X, fotografió primero y extrajo después el proyectil encerrado como amenaza de muerte en el pecho de un soldado herido en los esteros filipinos, Elena, con la santa ignorancia del amor, creyó de buena fe que el descubridor de aquellas maravillas era su esposo.

Asimismo le agradaba ver a Fernando abrir las puertas del laboratorio a los chiquitos de las escuelas para explicarles los prodigios de la telegrafía y de la telefonía sin hilos, de la fototelegrafía y de otros novísimos progresos. Entonces ella, escondida en un rincón, sintiéndose niña,



seguía con embeleso la palabra, clara, sencilla, elocuente, persuasiva, que descifraba y ponía al alcance de los cerebros rudimentarios los secretos cuyo descubrimiento fué martirio glorioso para Marconi, para Hertz, para Korn y para otros buzos de lo infinito, todos amigos, todos compañeros de Rossi.

Pero aun arrebatada por exaltaciones de admirativo entusiasmo, la palabra del Doctor—chorro de luz de manantial eterno—se velaba con turbiezas de emulación honrada al pronunciar los nombres de los grandes maestros, de los excelsos conductores del rebaño humano.

También él aspiraba al supremo goce de crear; también él sentía arder entre la escoria de la materia precedera la chispa de la divina espiritualidad inmortal.

Y entonces llegaban las horas de fiebre, de abstracciones, de insomnio, de prolongada meditación ante los libros, de ensayos y de tanteos inexplicados e inexplicables: saltos de amaurósico entre sombras, esfuerzos de piloto sin timón ni aguja, desesperaciones del que se siente con alas y no consigue volar.

Estas horas eran de suplicio cruelísimo para Elena; al cabo de ellas, Fernando caía en abatimiento desmayado, en dejación absoluta de voluntad.

El sabio, el luchador se entregaba, abrumado por el cansancio, mo-

mentáneamente vencido en la titánica empresa de escalar cumbres casi inaccesibles. Otro desengaño en el alma, más palidez en el rostro, más acentuado el livor que subrayaba el descaecimiento del aquilino mirar, menos isocronía en el ritmo de la respiración y mayor y mejor necesidad de refugiarse en el blando consuelo del cariño solícito, inmutable, de la que era a un tiempo madre, hija, compañera y hermana, toda caridad y amor. Y así terminaba la crisis.

Estos desalientos eran mudos; un apretón de manos certificaba la penetración de ideas y de sentimientos; una sonata de Beethoven anestesaba la agudeza del dolor; un paseo a través de los naranjales cuajados de azahar mostraba horizontes nuevos a la vista, y un viaje, un enclaustramiento en la celda de otro monje de la comunidad del saber volvía tonicidad al espíritu, infundiéndole más briosos anhelos, acuciándolo con el acicate de la ambición, lanzándolo con redoblado ímpetu por esa senda de exploraciones y de conquistas que iluminan cerebros-antorchas, focos que se consumen para brindar luz a la Humanidad.

Y la fe robusta y la esperanza—siempre viva que florece hasta en la fosa común del desengaño—renacían y eran relampagueo de energía en las pupilas, sonrisa de promesa en los labios y golpeteo de inquietud en el pecho de Rossi.

La campanada misteriosa avisadora de algo muy grande, sonó para el Doctor en fecha imposible de olvidar.

Elena la recordaba, bromeando al

principio, después con el terror vago que inspira lo desconocido; al fin acabó por no hablar de ello.

Le agradaba evocar aquellos días



ya lejanos pasados bajo el sol de fuego de la India, aspirando aire en el cual se unían fortísimas fragancias de magnolias y de cinamonos a miasmas letales de cadáveres en putrefacción.

Hija única de un diplomático, cuando la peste y el hambre asolaron las comarcas indianas unióse a las damas de la colonia inglesa para auxiliar a los infelices que sucumbían abandonados.

Y en un hospital, afrontando valerosamente la inminencia del contagio, asistiendo a los enfermos, ensayando los procedimientos novísimos del malogrado Cámara Pestanha, encontró a Fernando.

Atracción recíproca, avasalladora—afinidades electivas, de Goethe—los reunió a la cabecera de un moribundo. Hablaron poco, muy poco; dijérase que temían profanar la majestad de aquella emoción primera con vulgaridades de expresión; se miraron fijamente, con miradas que eran sondeos en el mar del alma. Y cuando el diplomático, víctima de la epidemia, descansó a la sombra de la cruz del cementerio católico, Elena y Fernando se estrecharon fuertemente las manos, sin sentir la necesidad de hablarse. ¿Para qué?

Pocas horas antes de zarpar el vapor que iba a traerlos de Europa, el padre Larrumbe, jefe de la Misión franciscana, bendijo la unión de aquellos dos seres, flores hermanas de un mismo rosal. Y al terminar la ceremonia, cuando se disponían a embarcar, Elena vió palidecer densamente a su marido, le vió oprinirse con la diestra el corazón y—¡cosa más rara!—se fijó especialmente en que la mano izquierda de Rossi se tornaba blanca, muy blanca, con blan-

cura de marfil antiguo, con blancura que recordaba la del Cristo marmóreo que Benvenuto Cellini dejó para asombro de generaciones en el trascoro alto del monasterio escurialense.

—¿Qué te pasa?—preguntó azorada, inquieta.

Fernando hizo un esfuerzo para sonreír.

—¡Nada! Tranquilízate... ¡Una corazonada! Acabo de experimentar una sensación indefinible, lo que suele llamarse un presentimiento: he visto a mi maestro, al padre de mi espíritu, al venerable Charrot, morir en París.

La impresión tardó poco en disiparse; en las horas de felicidad, aun para los espíritus más llenos de telarañas supersticiosas, el graznido agorero de la lechuza es accidente, sin importancia cuando hay lumbre en el hogar, salud en el cuerpo, paz en la conciencia y amor en los pechos.

Y, sin embargo, al saltar a tierra Rossi recibió la noticia de la muerte de Charrot. El glorioso alienista había fallecido en la fecha en que Fernando contrajo matrimonio.

La corazonada acertó; el presentimiento no fué caprichosa contracción de nervios.

Existía algo más; algo más hondo; algo más fuerte que la distancia; algo que escapaba al microscopio y al escalpelo y que caía dentro de lo puramente psicológico.

Ese algo, ignoto entonces, fué para Rossi el alborde de un nuevo día, la orientación del rumbo de sus trabajos, el dedo que le señalaba un camino, el aviso de que el enigma de la esfinge no era totalmente indescifrable.

Los pudeladores de hierro en los Altos Hornos, sufriendo mucho físicamente, sufren infinitamente menos



de lo que Rossi sufrió a partir de aquel instante.

En el crisol ígneo de su cerebro fundió ideas, nuevas, especulaciones audaces, hipótesis absurdas, delirios morbosos; con el férreo instrumento de su voluntad probó, abrasándose, cegándose, a dar forma a aquella masa roja, incandescente, elaborada por la fiebre.

A los golpetazos brotaban esas miríadas de estrellas que surgen anunciando la redención de la pírta. Y esas estrellas minúsculas brillaban efímeramente con fulguraciones de astros ante los ojos del Doctor y se des-

hacían, convirtiéndose en negruzco polvillo.

Dos años corriendo desesperadamente tras la idea fugitiva; dos años embarcado en la carabela del ensueño, sin arribar al mundo inexplorado, le hubieran enloquecido. Se sostuvo por un milagro de voluntad y por un milagro de amor.

Voluntad era su ambición; amor, su compañera adorada.

Apoyado en una, reclinado en otra, pudo Fernando subir las asperezas del calvario.

De los dos años de lucha nació un libro.

### III

“La Ciencia del Dolor” provocó animadas controversias.

Acaso la más interesante fué la que se rió en el comedor de la quinta de Rossi.

—Yo no le niego la originalidad —afirmaba nada menos que el excelentísimo e ilustrísimo señor don Serafin Bracamonte, presidente de la Academia de Medicina, senador y otras zarandajas muy decorativas—; tan no se la niego que, a mi juicio, el pecado grande del libro está en ser excesivamente original: cosa imperdonable.

Sonriendo bonachonamente, un periodista de talento observó:

—¡Así Dios me diera posibilidad para pecar de ese modo siquiera una vez al mes!

Y un mequetrefe, un doctorzuelo que llevaba en las venas bilis en vez de sangre, que discurría con el hígado y que, a fuer de fracasado, odiaba al verdadero mérito con ese odio sa-

ñudo y cobarde que hacia todo lo que vuela siente todo lo que rastrea, insinuó suavemente:

—¡Oh! El libro es una maravilla de voluptuosidad imaginativa, una gran obra de... poeta. A los poetas no hay que pedirles que razonen sus rimas, ni que documenten sus estrofas.

El tiro iba bien apuntado.

Moyano, el noble periodista, contrajo los labios en sonrisa leve de ironía, de conmiseración despectiva.

Bracamonte, que era “pacífico” en todos los terrenos, tosió con cierta inquietud, temiendo, acaso, una escena violenta.

Guillermo, el ayudante de Rossi, no supo ni pudo contenerse, y con vehemencia nacida de gratitud y de admiración, con ese bendito entusiasmo caldeado por el hervor de la sangre moza, emprendió gallardamente la defensa de la obra de su maestro.

—Niego en redondo — exclamó —

que la ficción poética exista en ese libro. Es cabalmente todo lo contrario; la obra es experimental, científica, hasta clásica, porque lo clásico no es, no puede ser rémora del pensamiento. Ni un sólo descubridor ha escapado al sambenito de loco, de visionario, y los visionarios, los locos de ayer se llaman hoy Colón, Copérnico, Galileo, Servet...

—No confundamos la cuestión—interrumpió con intención maligna el envidioso—No confundamos a los descubridores de hechos con los soñadores más o menos artistas. Los unos son aeronautas, que arrojando peligros se lanzan a los espacios pilotando su nave; los otros son, lisa y llanamente, unos caballeros que se permiten, desde la azotea casera, la distracción de lanzar globos-sondas, ideas exploradoras sin finalidad útil. Moyano continuó sonriendo con desdén.

—No hay que exagerar—advirtió, contemporizando, el respetable académico—. Todo tiene su valor; crear ideas acaso no sea empresa tan magna cual la de descubrir hechos; pero tiene también su mérito... relativo.

—¡Absoluto!—protestó el periodista—. Para descubrir hechos basta poseer olfato de sabueso o instinto de policía; para crear ideas se requiere potencia cerebral nada común. Parmentier descubre un hecho cierto, positivo: la utilidad alimenticia de la patata; conquista de un talento práctico, pero mediocre. Cervantes crea al Hidalgo Manchego, concepción perfectamente inútil en el orden material, pero sublime de genio. ¿Quién más grande, el doctor que combate el hambre con la fécula de un tubérculo, o el creador que simboliza la sed de ideal y de justicia de las almas?

—La comparación no es justa—murmuró el mezquino rival de Rossi—; Cervantes creó, inventó, descubrió. Y no hay ofensa para nuestro querido amigo Fernando en que yo afirme que su obra no es de creación, y sí de atisbos, de vislumbres de algo que probablemente no existe o que, dado caso que exista, aun no ha encontrado descubridor.

Esta vez la puntería iba afinándose. Hubo una pausa breve.

—¿Qué entiende usted por crear?—preguntó cándidamente Guillermo, cayendo en el lazo que se le tendía.

El portier del comedor se descorrió, dejando ver a Rossi que llegaba; había oído las últimas palabras de su detractor.

Con visible esfuerzo, con marcada repugnancia, tras un ademán en solicitud de silencio, dijo:

—Dispénsenme, amigos míos, que hable de mí. Efectivamente, tiene razón el doctor Pardillo. No he creado, no he inventado... todavía. Mi libro—perdonen la inmodestia del símil—es, a lo sumo, como el croquis imperfecto que esbozaba ante el padre Marchena, en la celda prioral de la Rábida, un mendigo genovés, "La Ciencia del Dolor" es una solicitud a la gran reina, a la Ciencia, en demanda de auxilio. Y ese auxilio lo encontraré, respondo de ello; algo que no engaña me dice que lo encontraré. Y cuando lo encuentre, cuando *documentado* de modo irrefutable, ofrezca ejemplos de que el caso de Charrot no es único, espero que aun los más escépticos se rendirán ante la evidencia...

—Por mi parte—apuntó Pardillo—no ansío otra cosa. Me bastará con que se repita un par de veces la co-razonada. Lo celebraré y lo deseo.



—Lo deseamos todos y lo esperamos todos—exclamaron a dúo el académico y el periodista.

—Yo hago más que esperarlo: estoy seguro de ello—añadió el discípulo.

—Así sea—concluyó Pardillo; y, al despedirse, con gesto que pretendía ser mefistofélico y que era una mueca de tristeza del bien ajeno, deslizó insidiosamente:

—No puedo remediarlo; me asustan, me asustan las exaltaciones de la opinión pública; no existen términos medios; dígalos la crucifixión de descrédito y de fracaso en que murió, tras absurdas y prematuras apoteosis, el supuesto inventor de la navegación submarina, aquel pobre Peral.

Y con este postrer flechazo, salió de la estancia el miserable, ufánandose con ufania de inmunda larva sepulcral que ha profanado la majestad del cerebro de un hombre ilustre.

Lo triste, lo lamentable es que por circunstancias de diversos órdenes—miedo a innovación, envidia, temor supersticioso, recelo de atentado a la religión, pereza mental, respeto a tradiciones seculares; amén del descrédito a que farsantes sin ciencia y sin conciencia llevaron los estudios telepáticos—casi toda la sociedad culta o que pasa por culta pensaba y juzgaba con la saña pesimista de Pardillo, o por lo menos con la incomprensión de Bracamonte. Guillermo y Moyano constituían núcleos de exiguas minorías; de esas minorías gloriosas que saben creer antes por instinto que por razonamiento, por simpatía honda, irresistible hacia lo que, evolución o revolución, significa un paso hacia adelante.

Cierto que como compensación de la falta de justicia nacional, llegaron

de Europa y aun de Norte América aplausos, estímulos, felicitaciones, cartas, telegramas y estudios bibliográficos que eran incienso quemado por corazones grandes, por cerebros lúcidos, ante la esperanza—realidad posible y probable en un próximo futuro—encerrada en las páginas de “La Ciencia del Dolor”.

Cierto que entre los homenajes hubo dos verdaderamente excepcionales.

Uno, el del venerable Brummel, decano de la Facultad de París, asegurando, bajo la fe de su palabra honrada, por su honor sin tacha, que el sabio Charrot, al expirar, había pronunciado el nombre de su predilecto discípulo Fernando Rossi.

Otro, el de la Academia de Suecia, encargada de adjudicar los premios instituidos por el ingeniero Alfredo Nobel.

La enhorabuena de esta prestigiosa y adulada corporación valía tanto como un ofrecimiento oficioso de votos para otorgar a Rossi la recompensa consagrada del genio, como una indicación clara pidiendo a su patria que propusiese esa candidatura.

Los Pardillos habían oído la pólvora desde muy lejos y llevaban ya adelantadísima la campaña contra las exaltaciones prematuras, contra los *arrivistas* y los amigos de *arrivistas*, contra los que ofuscadamente se obstinan en proclamar vencedor a un soldado antes de entrar en batalla.

Los Bracamontes, aun cuando inspirados en sentimientos menos mezquinos, servían como tlascaltecas a la causa de los Pardillos.

Había que dejar al tiempo el cuidado de dar madurez a los frutos—decían todos los señorones valetudinarios acaudillados por el parsimo-



nioso académico—. No eran convenientes ni discretas las precipitaciones. Rossi valía bastante, pero... era *demasiado joven*. Ya le llegaría su turno; podía esperar; a los treinta y cinco años se está empezando a vivir. En cambio, ¡oh!, en cambio no era humano negar la satisfacción del lauro sueco al casi centenario doctor Pérez y Pérez.

Los Pardillos se permitieron lanzar la idea de que el doctor Rossi era un candidato de perlas para el premio asignado a la poesía.

Y entonces, en la primera plana, en el sitio de honor del rotativo de más público, apareció una vibrante crónica de Moyano: himno a la juventud, latido de entusiasmo fervido hacia el genio, hacia el genio que está por encima de convencionalismos, de fórmulas, de recuentos de años; y, como nota soberana del himno, un grito de aliento a Rossi, un gesto de asco a la vileza de sus enemigos, una varonil petición de homenaje al más excelso poeta de la Ciencia.

La crónica tuvo—cual toda protesta gallarda contra la injusticia—el hermoso privilegio de agrupar en

torno del nombre de Rossi a lo más sano, a lo más fuerte de la juventud que sabe ser joven pintando, modelando, escribiendo, estudiando, volando con dinamita de ideas el rampolismo de los atrincheramientos alzados por la rutina para resguardo de ignorancias disfrazadas con bordados casacones, con máscaras de gravedad, con decires sentenciosos, solemnes, pero abrumadoramente vacuos: torpes patanes representando el papel de grandes señores en los farandulescos entremeses del vivir social.

Con todo, la envidia—cual la calumnia—nunca da zarpazos al aire; siempre se lleva entre las garras jirones de honras o pedazos de ilusión.

Al removerse el pantano infecto con el chapoteo de miserables batracios, produjéronse burbujeos del agua muerta, remolinos de baba. Y de la ciénaga fué subiendo, subiendo en lenta, pero segura ondulación, vaho de bruma, espumarajo de cólera, que al cabo llegó a velar la luz fulgurante del sol glorioso.

Y el premio instituido por Alfredo Nobel no se adjudicó al autor de "La Ciencia del Dolor".

#### IV

Fueron, entonces, los días fiebres; las noches, vigiliadas de mareante delirio; volcán, el cerebro; lava encendida, la sangre; potro de tortura, la idea...

En vano procuraba Elena distraer a su marido, apartarlo de aquella obsesión asesina; en vano Rossi trataba de substraerse al asedio de sus ambiciones. Momentáneamente, en pa-

roxismos volitivos—contraídos los músculos, tensos los nervios—sobrepóniase a la situación, adueñábase de su conciencia, tal cual el domador que, tras un instante de flaqueza, flagela a latigazos, haciendo ostentación de soberanía, a los feroces tigres que rugientes lo acorralaron en la jaula.

—No estás, nunca estarás satisfecho—le decía blandamente Elena—.

Tu afán es insaciable. A mí con tu amor me basta; a ti ni con mi amor ni con el triunfo.

—¿Acaso he triunfado?—contestaba Fernando—; quiero triunfar por tu amor, para tu amor, para ser con mi victoria orgullo de tu existencia. No, no me satisface que tu cariño sea bendito paño de Verónica, enjugador de mis sudores de sangre; ansío que ese cariño sea diamante tallado que brille a la luz de lo inmortal.

—¿Vale, acaso, esa inmortalidad lo que te cuesta?

—Sí; para comprarla, es ínfima moneda una vida.

Y terco, obstinado, volvía a la brecha, al laboratorio, a las cuartillas del nuevo libro en preparación, "Las ondas mentales"; a los ensayos sobre la transmisión de la luz, del sonido, de los aromas, de la palabra, de la energía eléctrica.

Y ya eran polarizaciones, ya sintonización de instrumentos musicales, ya antenas generadoras o receptoras de radiogramas; siempre lo mismo y siempre el resultado idéntico: la imagen fotográfica, la voz, la palabra escrita, las vibraciones sonoras y luminosas, todo podía enviarse a distancia, sin vehículos de cables o de hilos, todo era perfecta y regularmente transmisible, todo menos el pensamiento redimible del pesado grillete, de la tosquedad de la expresión.

¡Viajar para beber el olvido en la copa de la distracción! Lo insinuó Fernando, lo aceptó Elena con alegría infantil, y del anunciarlo a ponerlo por obra apenas si medió un intervalo de veinticuatro horas.

El itinerario, en su primera parte, era el obligado de los viajes de novios por Italia.

Elena lo comenzó con sonrisa de

plácido idilio, embriagada de luz y de perfumes, recorrió la poesía de la Costa Azul: Niza, enorme ramillete de violetas; Mónaco, la curiosidad de un Museo principesco arrancado a las entrañas de la nodriza del mundo, de la mar; Montecarlo, despeñadero de arroyuelos áureos, sorbidos por el treinta y cuarenta y por esa rueda en la que el sarcasmo se ríe con la voz de una bola de marfil.

Ya en Génova, Rossi sintió desasosiego inexplicable, prisa que le empujaba a cambiar constantemente de horizontes. "La Villeta di Negro", con su espléndido panorama; la magnificencia del "Palazzo Reale", con sus terrazas, que buscan la frescura de las olas; el Baptisterio y el Camposanto pisanos fueron para Elena notas apenas vislumbradas en la fuga calidoscópica de una peregrinación angustiosa, cual la del eterno caminante Asaverus. Y así, en carrera cada vez más exaltada, Nápoles — tumba de Virgilio, templo iluminado por el Vesubio, y Pompeya y Herculano, momias de arte exhumadas al cabo de veinte siglos—, y el Coliseo, y San Pedro, y el Puente de Rialto; y en saltos, sin orientación, paseos, ya por la magia de esas primaveras perennes que se llaman Bellaggio, Isola Bella y Luino, ya por esos inviernos dominadores de los espacios, por las nevadas cumbres alpinas.

Y, al cabo, en alas del vértigo, la calma y el silencio, como sedantes, a orillas de la turquesa del lago ginebrino: paz, descanso.

El recuerdo de Ginebra quedó en el espíritu de Elena como visión dantesca, como atormentado "Capricho" del inmenso Goya.

Un almuerzo ofrecido en el sanatorio del célebre doctor Leiter, en ho-



nor de Rossi; una visita al establecimiento—jaula de cuerpos sin almas—; un sobresalto brutal en el jardín de los locos.

Caía la tarde. En el centro del jardín—triste, con tristeza de patio carcelario—entre perfiles de plantas verdes sin lozanía, una mujer — Ofelia, mustia—deshojaba rosas de otoño.

Al aparecer Rossi, la demente corrió hacia él, le echó los brazos al cuello y, precipitadamente, con incoherencia de alucinada, pero con firmeza veraz, exclamó:

—Te esperaba; me daba el corazón que vendrías; estoy enferma, ¿sabes? Juan viene a verme todos los meses. Pronto estaré curada. ¡Adiós!

Dijo y se alejó deshojando flores, hundiéndose en los claustros, donde gesticulaban, cuchicheaban y brincaban seres que de humanos casi sólo tenían la forma; mariposas sin alas que inútilmente se retorcían con ansias de luz.

—Neurosis aguda, incurable, declarada a raíz de un atentado anarquista; esposa de un libertario peligroso—explicó el director del manicomio.

—Es mi prima hermana Margarita—murmuró pensativo Rossi—. La creía muerta.

Y al volver al hotel, Fernando, ensimismado, ya no sintió prisas; acaso consideró que había llegado al término de una de las etapas del gran viaje.

Pasóse la noche meditando, repitiendo las palabras de la loca: “¿Me esperaba?... ¿Le anunció el corazón mi visita?”

A la mañana siguiente tornó al sanatorio; misteriosamente, en el jardín de los locos—cercado por carcajadas de insensatez—habló largo rato con Margarita. Esta callaba y asentía inclinando la cabeza.

En el expreso, impaciente, devorado de nuevo por el ansia de recogerse en su estudio, Rossi hablaba solo, taconeaba, quedábase inmóvil, toda su vida le afluía al cerebro, y en las pupilas relampagueantes había algo que hubiese sido motivo de grave inquietud para Pardillo, de esperanza jubilosa para Moyano; algo que hacía temblar a Elena con el espasmo de lo sublime: ese algo que a través de las edades sueña el alma ver en César al salvar el Rubicón, en Cortés hundiendo las naves, en todo el que, tras vacilaciones de tinieblas arranca una chispa golpeándose el alma con el eslabón de la voluntad.

Abiertos los ojos desesperadamente, crispadas las manos sobre la parte superior izquierda del pecho, contraído el semblante con dura contracción de ansiedad desgarradora, dolorosísima, Rossi, hundido en un sillón frailerio de su laboratorio, insensible a toda influencia exterior, realizaba una operación portentosamente extraña: algo que era compendio de magníficas audacias conquistadoras, de sublimes temeridades heroicas, de prodigiosos sacrificios de mártires creyentes, abnegados.

Mudo, abstraído, cerniéndose en espíritu sobre las cumbres de la humana ciencia, águila del genio, el Doctor había ido desgranando inconscientemente las cuentas del rosario de oro de las horas, sin sentir el cansancio físico, perdida la noción de la realidad, en la desesperación de la espera. Así Arquímedes, en su labor truncada por el hierro de los legionarios de Claudio Marcelo, ganador de Siracusa. Así Basilio Valentín, ante sus hornillos, aguardando de la alquimia el secreto de la vida; el elixir eterno inmortalizador de mortal existencia; la pie-

dra filosofal, transmutadora mágica de vilezas de metales bajos en purísimo oro de sol, hecho lingote.

Lentamente, con andar de madre que se acerca a la cuna del hijo enfermo, avanzó una figura de mujer: amor y sufrimiento modelados en belleza.

Compasiva se detuvo en mitad de la estancia.

En la lucha de la ternura con el respeto, rocío de llanto humedeció las violetas de sus ojos. Al fin llegóse hasta Rossi. Los lirios de marfil de las manos femeninas ungieron las acalaturadas sienes del investigador; la mariposa de un beso rozó la ensombrecida frente de ensueño, y una voz, que tenía dulzuras de caricia y melancolías de lejano plañir, murmuró:

—¡Fernando! ¡Fernando mío! Cae-rás enfermo... Ya es de noche... Aún te estamos aguardando para almorzar...

Con gesto de varonil gallardía, irguió el Doctor la noble cabeza—testa de león arrogante—; la expresión de ansiedad desgarradora, dolorosísima, desapareció a la vista de la mujer amada, y atrayéndola contra el pecho, contestó:

—¡Perdóname! Soy un pobre loco que al dar su vida a la ciencia o a una ilusión de ciencia, tiene momentáneos olvidos para su alma. ¡Vamos, alma mía!

Y al hablar Fernando Rossi, era temblor, espasmo, palpitación difícilmente enfrenada por fiero arranque de voluntad.

La voz, los dedos enflaquecidos, las pupilas de acero, los músculos de la cara hebreaica, todo lo que en aquel cuerpo encerraba flúido vital se estremecía bajo influencia misteriosa.

Elena, el alma mártir de aquella

vida, se acongojó. Iba a repetirse el acceso. El día antes, al atardecer, fué testigo de otra crisis análoga, crisis que se resolvió exclamando el Doctor pausadamente, con solemnidad profética, con firme convicción de iluminado: “¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora mismo! Lo sé..., estoy seguro de ello... Lo veo... Lo veo... Una bomba estalla... Allí..., en el pórtico... El duque... El gran duque cae... muere... ¡Lo veo!”

La esposa temió algo horrible: creyó que la locura obscurecía aquel cerebro conturbado por insomnios constantes, por febricitaciones de rudo laborar.

En presencia de lo que se le antojaba nuevo amago de la terrible enfermedad, quiso gritar, pedir socorro, invocar el auxilio del discípulo, del ayudante del Doctor.

No hubo tiempo para ello. Guillermo, el hijo adoptivo de Rossi, entró en la estancia. Demudado, descompuesto el semblante, arrugando entre las manos una hoja de papel impreso, cayó de rodillas ante el sillón fraileiro, besó devotamente la diestra del sabio y con fervor dijo:

—Maestro: ¡creo en ti!

De pie, rígido, escuchó Fernando la lectura del telegrama narrador del atentado que el anarquismo perpetró veinticuatro horas antes en la capital del imperio moscovita. Su ciencia no le había engañado. Sí, la tragedia fué tal cual él la “vió” a través de cientos y cientos de leguas de distancia. ¡Llevaba todo un día agonizando en la espera de la confirmación del suceso!

La esposa y el discípulo, inmóviles, atónitos, rendían homenaje de admiración honda—amor y llanto—al descubridor de la “telegrafía del senti-



miento", al Miguel Servet de las "ondas mentales."

Y el padre sol, en su estertor postrero, hizo romana púrpura de la blusa de trabajo del sabio.

—¡Perdóname, creo en ti!—musitó Elena.

—No creáis en mí. Creed en la Ciencia—contestó con dulce sencillez el maestro.

Y luego, acallada la exaltación morbosa de los primeros instantes, saboreando ese dulzor efímero que hay en lo hondo de todo cáliz—cáliz de vida o cáliz de flor—, Rossi, con serenidad pasmosa, con serenidad superhumana, habló de su descubrimiento, habló sin falsa modestia, pero sin orgullo, sin jactancioso alarde, con la satisfacción de conciencia del que ha llevado a feliz término una misión aventuradísima.

El que por vez primera llega a una cumbre puede sentir el vértigo de la altura, el desvanecimiento de su entronización.

El que ha subido a todas las cimas sólo siente la paz compasiva de lo grande ante la contemplación de lo pequeño.

—Sí, Elena mía; sí, mi querido Guillermo—afirmó el Doctor—. La existencia de las ondas mentales es ya un hecho cierto, indiscutible; la telepatía pasa del campo de la ficción al de la realidad científica; el pensamiento del hombre puede transmitirse, como Marconi transmite sin hilos la palabra.

La esposa y el discípulo callaban y oían. Oían, y en la hiperestesia de la sugestión todos los poros de la piel eran receptores auditivos y todas las palabras del maestro eran como agujas finísimas que penetraban con punción dolorosa, fijando en las retinas

del sensorio los dogmas del nuevo evangelio de la Ciencia.

Elena, cuando terminó Fernando la explicación, quedóse fija, muy fija con la vista posada en la noble frente de su esposo.

Aquella frente se le antojaba algo así como colmena rumorosa, en la cual las abejas rubinegras de las ideas habían ido laborando el áureo panel de lo que encierra lo humano de divino.

Y amorosamente, poniendo en un beso respetos a la Ciencia y admiraciones al sabio, rozó Elena aquel alcázar de grandezas, aquel trono de la más alta majestad; y luego, ruborosa, confusa, balbuciente, interrogó:

—¿Margarita?...

—Margarita, sí—exclamó Rossi, con el goce del que se siente adivinado, comprendido por la compañera de su existencia—. Margarita, la pobre loca, me ha enviado desde el sanatorio, en la onda de su sentimiento, la impresión del horror que ella ha experimentado, porque ella, indudablemente, también ha visto desde Ginebra lo ocurrido en la capital de Rusia; porque acaso Juan, su marido, ha sido autor o cómplice del atentado; porque el alma de Margarita no está en el manicomio; se arrastra a remolque del alma sectaria de Juan.

—Maestro, ¿pero entonces...?—dijo Guillermo.

—Sí, muchacho. sí: se trata de un doble caso de telepatía; de un mensaje reflejo; de dos transmisiones de ondas mentales provocadas por un mismo hecho. De un fenómeno tan estupendo, tan grande, que hay que inclinar la cabeza y apretarse las sienes, y sujetar a la vida y a la razón que quieren escaparse; sujetarlas siquiera hasta el momento en que el hecho quede com-

probado y analizado; sujetarlas para que no vuelen y se pierdan en las espirales de ese mundo que nace, de ese mundo caótico que, invisible para nuestros deficientes medios de percepción, flotaba, flotaba como en el principio del espíritu de Dios sobre las aguas.

Y, efectivamente, el caso era estupendo; más estupendo aún cuando quedó demostrado, merced al acta que, desde Ginebra, remitió el doctor Leiter, declarando que a la hora exacta de perpetrarse en Rusia un atentado por el anarquista Juan Arnaldi, la esposa de éste, Margarita Lucca Rossi, sufriendo un ataque convulsivo, relataba el hecho cual si lo estuviera presenciando, y unía al relato, truncado, incoherente, el nombre del doctor Rossi.

Nadie osó negar el triunfo. Nadie, tampoco, lo proclamó incondicionalmente. En el mundo de la Ciencia produjo movimiento de expectación, sólo comparable al que en un observatorio astronómico pudiera producirse ante el anuncio de que un Herschel, trocando en realidades las fantasías noveladas por un Heriberto Wells, había logrado establecer comunicaciones regulares con los habitantes del planeta Marte.

—Maestro — observaba con acento de cariñosa reconvención el periodista Moyano—. No está usted a la altura de su triunfo. Hosco, receloso, desconfiado, parece usted incompletamente satisfecho de sí mismo y de su obra.

—Lo estoy — contestó Rossi, con acento de honda melancolía.

Elena sofocó un suspiro, que casi era un sollozo.

Guillermo, estupefacto, abrió mucho los ojos, sin comprender lo que pasa-

ba en el alma de su amado maestro.

—¿Qué desea usted ahora? ¿Qué inquietud le desasosiega? ¿Qué otro mundo pretende conquistar?—insinuó Moyano.

El Doctor movió dubitativamente la cabeza.

—Comprendo, adivino — dijo con amargura—que mi labor está por hacer, que mi doctrina podrá encontrar aplausos, pero no creyentes; que la mala fe querrá presentar a las ondas mentales en pugna con la Religión; y aun voy más lejos: estoy persuadido de la dificultad casi invencible de difundir convicciones propias, personales, en una sociedad peor que escéptica, indiferente. Para ser creído, si quiera relativamente, necesito seguir uno de estos dos caminos: el de la exhibición pública con demostraciones experimentales, descendiendo al terreno de un prestidigitador más o menos vulgar, o el de arrojar a la cabeza de se público pruebas sobre pruebas, testimonios sobre testimonios, aplastándole moralmente ante la evidencia de hechos consumados, fuera del alcance de sus sentidos, pero razonados, testificados, comprobados de manera irrefutable.

Moyano asintió con disgusto.

Guillermo se mordió rabiosamente los labios.

Elena no pestañeó, pero la blancura de su rostro tomó tonos de cera, y en las pestañas—oro de antiguo retablo—tembló el sufrimiento, cuajado en una lágrima.

—Mi camino está trazado—continuó Rossi—. Para luchar nací y seguiré firme en la brecha, luchando siempre; si caigo, caeré abrazado a la bandera de la Verdad absoluta, a la bandera de la Ciencia y del Trabajo... Acaso hago mal, acaso me equivoco, acaso realizo



una pobre tarea suicida obstinándome en reñir batallas de luz contra el misterio. Tal vez, según afirmaría el vulgo, ese es "mi sino". Desde niño siempre inspiré miedo, miedo... o envidia.

Y remontando la corriente del Jordán de su pasado, Rossi habló de sí; habló sin ufanías de vanidad, sin amor propio, sin poner en la paleta, al esbozar el cuadro de su existencia anterior, negruras ni rosicleres exagerados para lograr impresiones efectistas.

Dijérase al escucharle que estaba refiriendo la historia de la peregrinación de un hermano, de un amigo del alma; peregrinación de un Livingstone, de un Stanley, por desiertos inexplorados, por comarcas estériles, abrumadoramente monótonas, aguijado por el sol enemigo, ejerciendo un apostolado en medio de tribus salvajes, manteniéndose de pie entre cansancio, sed y hambre. Solo, siempre solo, infundiendo miedo cual si fuese aborto de la Naturaleza, o pesadilla plasmada en monstruosidad.

¡Sus padres! Un pobre catedrático de Física, enervado por el desgaste de los años consumidos en recitar maquinalmente las mismas explicaciones, con los mismos aparatos defectuosos e inservibles, ante unos alumnos que parecían siempre los mismos, que se admiraban siempre con idéntica admiración ante idénticos experimentos, que repetían indefectiblemente—rindiendo culto a necias tradiciones escolares—las mismas bromas de gusto dudoso, rompiendo bruscamente, para ocasionar una descarga eléctrica, la cadena de Leyden, o colocando alguna suciedad, para reír luego al verla engrandecida, en el objetivo del microscopio solar.

Cuando los demás chicos de su edad

jugaban o, a lo sumo, empezaban a asistir a la escuela primaria, Fernando Rossi—entonces era Fernandito—, se iniciaba en la segunda enseñanza, asistiendo a varias clases del Instituto e invariablemente a la desempeñada por su padre.

Por intuición comprendió que se le reservaba el papel de "niño prodigioso", y quiso protestar, rebelarse, oponerse, ya de frente, ya con tozudeces de inercia. Todo inútil.

"Estaba escrito" que había de ser, y fué una de esas criaturas que hacen exclamar: "¡Da miedo el talento de este hombrecito!"

Amargamente sonreía Rossi recordando aquel su primer calvario.

Su madre, ¡bendita mujer!, plegada a la voluntad y dócil a la sugestión de su esposo, colaboraba resueltamente en la obra de formación del "fenómeno".

—¡Y el fenómeno era yo!—decía el Doctor—. Y fui fenómeno de resistencia para estudiar, un fenómeno de memoria, un fenómeno de acumulación de sobresalientes, de diplomas y de matrículas de honor. Y respeto medroso eran la amistad de mis condiscípulos y las predilecciones de mis profesores; y miedo, miedo mal embozado en desdenes, eran las sonrisas que a mi paso asomaban a los labios de las muchachas que se entretenían jugando a los noviazgos con mis camaradas.

Y seguía narrando, narrando aquel ayer en el cual no se le anquilosó el alma y no se le fosilizaron los sentimientos por la magia de la Ciencia, que a veces tiene para sus amadores calor de regazo, cariños maternos.

Insensiblemente el niño se hizo cómplice del deseo de su padre. Insensiblemente se apegó a los libros, y

una solemnidad oficial, presidida por un augusto personaje, y de otras muchas cosas, tan merecidas como agradables.

Lívido, rabioso de impotencia, Pardillo no tuvo fuerzas para contestar.

—Lástima grande que la lentitud en estos casos de justicia los haga aparecer como determinados por imitación de la conducta de otros Gobiernos hacia nuestro gran compatriota —exclamó Moyano.

Y mientras la opinión reaccionaba en su favor, mientras la patria—aleccionada por las voces de alabanza que surgían más allá de las fronteras—se disponía a rendir homenajes a uno de sus más preclaros hijos, ese hijo iba de manicomio en manicomio, celebrando conferencias con los más renombrados alienistas, estudiando y examinando a los dementes, amistando con todos los desequilibrios que la neurosis guarda entre la malla de nervios anormales.

Público el hecho del triunfo logrado con el auxilio de la pensionista del sanatorio ginebrino, no fué difícil suponer que Rossi buscaba "sujetos" análogos, corresponsales que se encargasen del servicio de la novísima red de comunicaciones: de la línea telepática.

Algo llamó la atención el hecho de que, para levantar un edificio a la razón, se tratase de utilizar la locura como cimiento.

La idea era osadísima, peligrosamente original.

Aun así se esperaban los resultados con esa confianza que, a despecho de todo, inspira la excelsitud de lo que reviste caracteres sobrenaturales.

Hoy la gente duda y aun niega la posibilidad de los milagros; pero du-

dando, aguarda y suspira por ver abierta una ventana que le ofrezca el espectáculo de los jardines de Aladino. Aun el espíritu más prosaicamente burgués, en las horas de la digestión, fantasea y le place suponer que el alma del vecino—ya que no la propia—puede, por frotación inusitada, ser lámpara maravillosa abridora de mágicos alcázares.

Se estaba pendiente de la vuelta de Rossi para abrir de par en par las válvulas del entusiasmo. El reportismo afilaba lápices para curiosas informaciones y apretaba el Kodak para la obtención de instantáneas.

Advertido a tiempo el Doctor, hizo circular la noticia de que se proponía permanecer una larga temporada expatriado para completar sus estudios.

Y despistando curiosidades regresó verdaderamente de incógnito, se aisló en su quinta, se encerró en el laboratorio y por vez primera la puerta del sanatorio se cerró, no ya para Guillermo, sino para Elena.

Con silencio de tristeza resignada acataron esposa y discípulo la voluntad del sabio.

Fernando desmejoraba de modo alarmante; al final de sus encerronas, salía en lastimoso estado de crispación moral y física; los ojos le relumbraban como brasas en el fondo de cavernas oscuras; en la boca había constantemente la contracción de un "rictus" de sufrimiento, hundidas las mejillas, prominentes los pómulos, anheloso el respirar, aborascada la barba, exangües las manos, opaca la voz, vacilante el paso, Rossi era imagen de un Cristo moderno, modelo ideal para un Beraud.

Elena no se atrevía a traducir en palabras su angustia. A solas daba



rienda suelta al llanto, que era su único alivio.

Guillermo, no menos preocupado, tampoco osaba hablar.

Al cabo de una noche, en la tristeza de una velada lluviosa y solitaria, mientras el Doctor permanecía encerrado en su gabinete, Guillermo, dudando mucho, con frases entrecortadas, dijo a Elena:

—¡El maestro se está matando! No, no es que se mate sólo por el exceso de la labor enloquecedora que se ha impuesto; es algo más grave, algo peor: se está suicidando a fuerza de inyecciones estimulantes: ¿cafeína?, ¿esparteína? ¿Las dos cosas a un tiempo? ¡No lo sé! Descendiendo a vilezas de espionaje, lo he sorprendido hoy ocultando la jeringuilla. Así me explico su perpetuo insomnio, así temo que en una explosión nerviosa le sorprenda la muerte en el laboratorio. Lo que me aflige es que no conozco fuerza capaz de hacerle cejar en su empeño...

Enjugóse Elena los ojos; con un ademán indicó a Guillermo que no la siguiera, y resueltamente se dirigió al gabinete y llamó una y otra vez con ímpetu, impaciente, con la firmeza del que está decidido a conseguir que se le facilite la entrada.

Fernando, sorprendidísimo, entreabrió la puerta, y sin displicencia, sin enojo, pero con adustez, preguntó:

—¿Ocurre algo? ¿Me necesitas? Desearía continuar estudiando un rato.

—Perdona que te interrumpa—contestó Elena, entrándose en la estancia, cada vez más intranquila al observar lo descompuesto del semblante de su marido—. Perdona que te interrumpa, pero se trata de algo ur-

gente, que debo y que quiero comunicar.

Instalóse en un sillón vecino al que habitualmente ocupaba Rossi ante su mesa de trabajo.

El Doctor, instintivamente, trató de guardar un estuche en un cajón de la mesa.

Elena lo detuvo, posándole la mano en el brazo.

—¿Me permites?—exclamó.

Y sin esperar respuesta abrió el estuche y leyó los rótulos de los pomitos; Guillermo no se había engañado: la cafeína y la esparteína estaban colaborando a la obra de acabamiento de Rossi.

El Doctor bajó la cabeza como colegial sorprendido por el preceptor en pecaminoso travesero.

Dulcísimamente, con dulzura de Dolorosa, Elena señaló aquellos objetos, apuntó con el dedo unas fotografías que se hallaban sobre la mesa en lugar preferente, solicitando la atención, y balbuceó:

—Vengo a luchar contra nuestros enemigos; hasta hoy pude callar y callé, porque mi protesta, aunque nacida del amor, había de tener caracteres de egoísmo. Tu vocación valía más que yo; la gloria de su nombre estaba por encima de debilidades de mujer. Pero hoy..., hoy—añadió con acento más y más trémulo—, hoy te hablo, no por derecho, sí por el cumplimiento de un deber. Fernando, ¡Fernando mío!—sollozó, cayendo en brazos de su esposo—. Quiero que vivas para que no sea un huérfano el... el...

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué dices?—gritó Rossi exaltadísimo, transfigurado, sin atreverse a dar crédito a lo que oía.

—Digo—continuó Elena con triste

sonrisa—, que quiero que vivas, aun cuando sólo sea para que ames al hijo que nos envía el cielo.

La exclamación de júbilo delirante, nacida en el pecho del Doctor, se hizo rugido en su garganta, lluvia de dicha en sus pupilas, amor y gratitud en un abrazo. Y aquella noche memora-

ble, entre la compañera transfigurada por la anunciación de la maternidad, y entre el discípulo honrado y adicto, Rossi, sin un suspiro de pesar, sin un gesto de pesadumbre, entregó la llave del laboratorio a Elena, renunciando implícitamente a la continuación de su agonía investigadora.

## VII

El desertor no se sentía bien: en el fondo de la conciencia le atenazaban zozobras de remordimiento. Al despertar de su locura, al fijarse en su esposa, algo así como una puñalada le partió el alma.

Elena estaba enferma, y él, sólo él era el culpable del suplicio que había torturado a aquella angelical criatura.

¡Pobre insensato, había estado a punto de perpetrar, con la crueldad de la inconsciencia, un doble parricidio!

Pero la enferma renacía y el peligro se iba conjurando. El amor y la felicidad, en todos los tiempos, han sido curanderos insuperables.

La inquietud de Rossi se complicaba con algo anormal.

La Ciencia no es juguete que puede abandonarse a capricho en momento de cansancio o de hartura. Las fuerzas de la Naturaleza, cual fieras un instante desencadenadas, no siempre se resignan a volver a la esclavitud del encierro.

Y ocurría con frecuencia que, en aquellas horas de holganza dulcísima, de intimidad deliciosa, de sosiego apacible—música selecta, charla de afecto, paseos campestres—; en aquellas horas en que los esposos soñaban el

edificio de un porvenir que tenía por comienzo una cunita azul y blanca, Rossi casi perdía el habla, sintiendo en la garganta dogal de opresión, experimentando como un desdoblamiento de su ser, sufriendo cual si una mano férrea, implacable, le diese brutales golpetazos en el cerebro, tiro-nes fortísimos en el corazón.

Un día en que la sensación fué más aguda, en que la palpitación acreció en intensidad, en que el dolor estuvo a punto de privarle de conocimiento, el Doctor—apoyando en una mesa el brazo izquierdo, atarazado por sufrimiento infinito—confesó a su discípulo el horror de la situación por que atravesaba.

—Mira, Guillermo: lo que me sucede es inaudito, monstruoso, inconcebible. Abrí el cerebro a todas las sensaciones, puse el corazón en manos de locos y mis nervios están hoy a merced de enajenados que los conturban, que los han convertido en espejo de sus impresiones, siempre amargas, siempre violentas, siempre desgarradoras. Soy como un niño entregado a una turba de epilépticos.

El discípulo, consternado, callaba y oía.

—Sí; no creas que exagero ni que



deliro; busqué la amistad de los neuróticos, de los locos; necesitaba seres que tuviesen corazón y que lo usasen. ¿Quiénes más a propósito que los huéspedes de los manicomios? ¿Quién ha usado más el corazón que un loco? Y los dementes me comprendieron a su modo: la simpatía es el idioma universal. El sufrimiento es la hermandad que mejor se entiende sin acudir a la expresión hablada. Lo han dicho y no han mentido; establecí una verdadera red de corresponsales; monté lo que pudiera llamar el servicio de "comunicaciones internacionales telepáticas". Y cuando regresé de mi viaje, con necia ufanía triunfadora, coloqué ante mi vista, para que fuesen constantes evocaciones de sugestión, los retratos de mis corresponsales. Otro tanto habían hecho ellos con mi retrato. Así, viéndonos a toda hora, coincidiendo nuestros pensamientos, concentrando en una sola idea la atención, quedaban instaladas—cual antenas del telégrafo Marconi—las estaciones productoras y receptoras de las ondas mentales...

Hubo un silencio prolongado.

Trabajosamente, con ese trabajo que cuesta declarar una mala acción ejecutada a sabiendas, continuó Rossi:

—Hice más: comprendí que necesitaba aguzar mi sensibilidad hasta el límite de la resistencia física; la depuré en el crisol del insomnio y del ayuno, llegué a conseguir algo; era muy poco; la debilidad extenuadora afina los nervios, pero roba potencia vital, atenúa el movimiento del corazón. Entonces—añadió avergonzado—concebí y principié a ejecutar el plan que tu afecto sorprendió y que el cariño de Elena me impidió resumir. Quise aumentar y aumenté el

ritmo del reloj de nuestra vida, aceleré su marcha, provoqué artificialmente, con inyecciones, un aceleramiento circulatorio que determinó una sobreactividad cerebral. Viví en un día la vida de veinte neuróticos en delirio; el león de la poesía, "el gibelino de facciones trágicas" no soñó un círculo de horrores cual los que yo sufrí y... sufro. Sí, no lo extrañes; en vano intento sustraerme a la comunicación establecida. Llevo en el alma las desolaciones de veinte locos que se revuelven en convulsiones frenéticas, en espasmos de muerte.

Guillermo pretendía inútilmente ocultar su emoción.

—Lo espantoso—murmuró Fernando, cual si hablase consigo mismo—es que mi padecimiento carece de finalidad científica; recibo los golpes, llegan a mí los choques de esas ondas que el cerebro envía por impulsos del corazón, y casi no logro definir su procedencia. A veces tengo vaga noción de lo que me dicen; estoy convencido de que sólo he desarrollado aptitud para recoger lo magno, la nota sobreaguda. Me encuentro sin la clave para descifrar los mensajes que me envían; soy como un aprendiz de los rudimentarios telégrafos ópticos: percibo señales, comprendo algunas y, en los instantes en que creo vencer la dificultad, una bruma espesa—bruma de impotencia y de ignorancia—corta la comunicación. Y así siempre. Y siempre con el corazón hecho yunque, yunque martillado por el frenesí de los dementes.

Oprimióse el lado izquierdo del pecho, con el movimiento de angustia que ya en él era habitual; luego golpeóse la frente y murmuró:

—Tú no sabes, Guillermo, tú no

sabes, no quieras saber el dolor con que se paga el aprendizaje de la Ciencia del dolor. Tú no sabes, ¡dichoso si logras vivir sin saberlo!, la desesperación de condenado a pena eterna que hay en este vivir, cuando se lleva el secreto de la gloria en el alma, cuando intuitivamente se descifra ese secreto, y, al ir a expresarlo, la palabra es balbuceo torpe que ni satisface ni convence. Aún fio, aún espero, ¿en qué? Casi lo ignoro. Si el corazón no salta, si de esta prueba tremenda escapo triunfador, acaso la voluntad desentrañe la palabra mágica del enigma: la fuerza que me permita aislarme a voluntad de las corrientes que la locura descarga so-

bre mí, enfrenándolas, encauzándolas, llevándolas a empleo fecundo después de quitarles su poder ofensivo. Mientras tanto... sufriré en silencio los efectos de mi imprudente temeridad.

Rígida, inmóvil tras la verde cortina de plantas de la terraza, Elena oía las palabras de su marido, y al oírlas veía claro lo que en ella pasaba. Ella también estaba pálida, muy pálida; ella también sentía ahogos, palpitaciones, llamadas de extraños avisos; ella también había visto que en los momentos en que la sensación se hacía dolor, su mano izquierda albeaba intensamente, intensamente, como azucena tronchada.

## VIII

—Hay—según afirmó con soberano acierto, un mago del Arte—un momento de oro en la vida de cada ser, una cima luminosa en la cual le aguarda y donde recibe cuanto le es dado esperar en punto a prosperidades, a goces, a triunfos. La cumbre es más o menos elevada, más o menos áspera e inaccesible; pero existe de igual suerte para todos, para los grandes como para los pequeños. No hay sino que, a la manera de ese día más largo del año en que el sol agota todos sus bríos y cuya mañana parece un primer paso hacia el invierno, ese “summum” de las existencias humanas no dura más que un solo instante, después del cual no cabe sino bajar.

Ese momento de oro llegó para Rossi.

Después de la subida al Calvario, llegaba a la glorificación del Tabor.

La patria que, a pesar de los defectos de sus hijos, conserva alma, abrió las manos generosamente derramando tesoros de afectos y de honores para el sabio excelso.

Y, sin contar, con prodigalidad de rica hembra, le concedió de golpe laureles bastantes para satisfacer cien existencias de ambición; un sitio en la Academia, una cátedra de estudios superiores, una gran cruz, una subvención crecida para recompensar los descubrimientos hechos y para sufragar nuevos trabajos. Y todo esto, unido al premio Nobel y a medallas y a condecoraciones que del extranjero venían, ofrecido en una sesión deslumbrante, presidida por el jefe del Estado y avalorada por la presencia de todos los maestros del saber, de todos los cónsules de la mentalidad mundial.

Fué como un grito de resurrección



de la patria; fué como un testimonio de vida nueva; fué como una convocatoria a la que acudieron imperios y monarquías y repúblicas con incienso, mirra y oro de admiración, de afecto y de entusiasmo.

Cuando el doctor Rossi, sereno, digno, modesto, fué consagrado en los estrados; cuando al terminar la imposición de insignias, de cruces y de galardones, tronó un aplauso tempestuoso en el salón, más de uno y más de tres se dijeron lo que los ingenuos campesinos de Italia se decían al ver la palidez cadavérica del Alighieri: “¡Está tan pálido porque se asomó al infierno!”

Hubo seguidamente un silencio profundísimo, religioso, absoluto.

Porque se aguardaba la revelación del misterio. Porque, en aquel acto, Rossi iniciaba las explicaciones de su cátedra especial. Porque el descubrimiento de las ondas mentales, incomprendido o comprendido a medias, era para todos algo que producía embriagueces, exaltaciones, deseos de romper en vítores, de tremolar banderas, de correr en pos de charangas gritando hasta enronquecer. El impulsivo no reflexiona y en ello precisamente estriba su hermosura romántica. Nadie podía decir a punto cierto la utilidad práctica que el país obtendría del descubrimiento; pero el espíritu aventurero de la gente soñaba ya cabalgando por las regiones de lo fastuoso y no faltaba quien de buena fe creyera que el dominio de los mares, la soberanía del universo, el primer lugar entre las grandes potencias y hasta la clave del problema social se habían conseguido por obra de esta conquista. La ignorancia y la fantasía engendran monstruos.

La noble figura de Rossi destacó en la tribuna.

Firme, seguro de sí, comenzó a hablar.

—Para que todo sea extraordinario en esta hora—dijo tras breve salutación de gratitud—, quiero pedirlos algo que, a pesar de vuestra buena voluntad, no podréis concederme por completo. Os pido la amnesia del ayer, el olvido momentáneo de cuanto habéis visto y oído hasta este instante. Abandonad prejuicios y preocupaciones, pasad una esponja sobre el cerebro para que reciba la impresión que voy a transmitirlos. Desechad temores. No trato de empuñar la piqueta para demoler lo que hasta hoy existió. Mi ciencia—que no es mía, que es vuestra, que es de todos, porque el pensamiento y el sentimiento no son privilegio exclusivo de un individuo y sí campo abierto a la Humanidad—; mi ciencia, nuestra ciencia, no viene a destruir, viene a crear. Es creación, creación surgida como un islote, como una tierra firme en la inmensidad de los mares. ¿Nació por el trabajo ígneo de un volcán, por un sacudimiento del orbe o por la labor tenaz, perseverante, de minúsculos obreros madreporicos? ¡Qué importa! Reconozcamos el hecho de que existe y no investiguemos ahora las causas que han determinado su existencia.

Y sin alardes retóricos, con la subyugadora elocuencia que brota del corazón cuando dice lo que siente y siente lo que dice, Rossi, con claridad meridiana, con palabra que era como limpidez y transparencia de atmósfera primaveral, hizo, entre aclamaciones de entusiasmo delirante, sucinta historia de sus jornadas exploradoras, de sus avances hasta



el ideal, de su conquista definitiva en la empresa de la transmisión del pensamiento por las vibraciones afectivas.

Mil gargantas, en un ¡bravo! que era acción de fe, proclamaron con el descubridor la existencia de la telepatía.

Pudo restablecerse el silencio. En la amplia sala percibíase como la trepidación de un cerebro colosal constituido por cientos y cientos de cerebros que vibraban acordes.

—Pensad, os lo ruego—continuó el Doctor—, que mi conquista es imperfecta aún; pensad que me he puesto, que os he puesto en relación con una fuente de energías constantes y constantemente renovadas. Pero no olvidéis que esas energías, que son la fuerza omnipotente de la vida, son también elementos de destrucción y de muerte. Fuerza y vida es el flúido que corre por los cables conductores de la electricidad; pero ese flúido es la muerte, es la electrocución para la mano que imprudentemente toca al cable. Mi conquista es hasta hoy la producción, la confirmación regular de lo que se ha llamado “corazonada”, presentimiento, intuición de desgracia próxima. Si reflexionáis un punto en el sufrir que una sola corazonada ocasiona, convendréis en que ese sufrir repetido es incompatible con la vida. Verdad, verdad amarga es que las ondas mentales, las corazonadas científicamente producidas, se han limitado hasta hoy al aviso de catástrofes, de desgracias, de calamidades. Pero reconoced conmigo que en el mundo el trozo de papel del telegrama que se entra en nuestras casas casi siempre es también mensajero de muertes. Salvo contadas excepciones, las líneas telegráficas son lazos de

dolor entre el cementerio y nuestros cariños.

Fragoroso retumbó un aplauso. La admiración se exteriorizaba en gritos inarticulados, en contracciones nerviosas, en jadeos, en llanto.

Cuando el jefe del Estado se levantó de su asiento y llegó a la tribuna para abrazar a Rossi, la emoción se hizo rugidos, sollozos, enloquecimientos.

—Voy a terminar—habló el Doctor, oprimiéndose el pecho con ambas manos—. La ciencia del dolor está descubierta; en el surco queda depositada la semilla; otros completarán la obra. En el ciclo de las exploraciones, cada vida no es más que un eslabón, un pelotillo, una jornada...

Y mientras con acento trémulo, opaco, revelador de algo muy hondo, decía los peligros que ofrece convertir el corazón en aparato receptor de los dolores y de las angustias de todos los pueblos y de todas las razas; mientras su palabra viril, grandiosa, agigantada y como transfigurada por la majestad de la revelación pedía el concurso universal para conseguir un transformador de la corriente del espíritu, un instrumento que efectuase la operación de convertir en continua la morta! corriente alterna de las ondas mentales..., pasó por el salón un escalofrío, un soplo, un aliento, un espasmo de sublimidad, que plasmó en grito de horror indescriptible.

Abiertos los ojos desmesuradamente, crispadas las manos sobre la parte superior izquierda del pecho, contraído el semblante con dura contracción de dolor infinito, el Doctor, entrecortadamente, desgarradoramente, con gravedad profética, con firme convicción de iluminado, exclamó:

—¡Ella! ¡Elena! ¡Mi Elena! ¡Mi



compañera! ;Mi esposa! ;Me llama! ;Me avisa! ;Se muere! ;La veo! ;Sí, se muere! Yo la maté. ;Necio de mí! ;Imbécil, que no supe ver que el alma enamorada es espejo que reproduce anhelos y sensaciones! Voy... ;Espérame! ;Voy contigo! ;Maldita! ;Maldita sea la ciencia que asesina!...

Dijo y se desplomó pesadamente. Guillermo, el amado discípulo, y Mo-

yano, el amigo leal, acudieron a sostenerle, a auxiliarle. Ahora, como siempre, llegaron los primeros. Pero llegaron demasiado tarde.

Un sollozo desgarrador, que era aclamación y pésame, alarido triunfal y eco de aflicción, llenó la sala.

Afuera, creyéndose que la sesión había concluido y que el jefe del Estado se disponía a salir, vibraron clarines y la banda batió marcha.

## IX

Imposiciones crueles de preceptos legales obligaron a la práctica de esa operación horrible, de ese ultraje macabro que se llama autopsia.

El académico Bracamonte creía que la muerte había obedecido a una angina de pecho.

Tal vez no se equivocaba. Pero tal vez el fin de aquella vida fué produ-

cido por el desarrollo anormal, asombrosamente anormal del corazón.

Concienzudamente, con escrupulosidad exquisita, Bracamonte y sus colegas midieron y pesaron el corazón del autor de "La Ciencia del Dolor".

Moyano contó al público lo que aquel corazón pesaba: ¡pesaba un mundo!

*M. R. Blanco-Blomonte.*



# Servicios de la Compañía Trasatlántica

---

## Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para la Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

## Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

## Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

## Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curacao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico; Canarias, Cádiz y Barcelona.

## Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

## Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

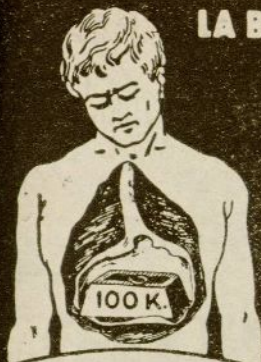
Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

---

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARAN CON LA DEBIDA  
OPORTUNIDAD





**LA BUENA DIGESTION ES LA FUENTE DE LA SALUD**

**DIGESTIVO**

**gost**

**ASEGURA**

**UNA BUENA DIGESTIÓN**

**Y CURA TODAS LAS**

**ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO**

**EN CAJAS DE** { Un sello 0,30  
12 sellos 3,00

**V. TIENE UN PESO EN EL ESTÓMAGO**

Sus digestiones son largas y dolorosas

V. siente mareos, vértigos, ardores

Todas estas enfermedades desaparecen por el uso regularizado del

**DIGESTIVO gost** EN PEQUEÑOS SELLOS

**ES EL REY**

contra todas las enfermedades del estómago.

**DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS**

**CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS: SUCESOES DE STEINFELDT - CALLE DEL PRADO 15 - MADRID**

## Los Muchachos

Están preparando

**GRANDES  
CONCURSOS**

y muchas novedades.

**Compradlos todos los  
domingos**

**NÚMERO:**

**20 CÉNTIMOS**

## PECHOS

**BARCELONA, SELLADA, EN UNO  
ORIENTE EN DOS RECES con**

**PILDORAS CIRCASIANAS**

Docteur Brun. Inefectivas. Aprobado por eminencias médicas. 120 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pesetas trasco. MADRID: Gayoso, E. Durán, Pérez Martín; ZARAGOZA: Jordán; VALENCIA: Cuesta; GRANADA: Ocaña; SAN SEBASTIAN: Tenaero; MURCIA: Selquer; VIGO: Sadaba; MALLORCA: Centre farmacéutico; ALICANTE: Aznar; GORONA: Rey; SANTANDER: Sotorriño; SEVILLA: Espinar; VALLADOLID: Llano; BILBAO: Barandiarán; MABANA: Sarriá; TRINIDAD: Bastida; PANAMA: «Farmacia Central»; CIEMPUEGOS: «Cosmopolita»; CARACAS: Daboin; QUITO: Ortiz; MANAGUA: Guerrero; BARRANQUILLA: Acosta-Mediedo. Mandando 6'50 pesetas sellos a Pearsarzer, Marqués Duero, 34. Apartado 481. BARCELONA remite reservadamente certificando Muestro gratis poro convencimiento del éxito.

**DESCONFIAR DE IMITACIONES**



# NEUTRÁCIDO ESPAÑOL

**VENCE** de modo integral y permanente las enfermedades de estómago, hígado e intestinos.

Remedio seriamente científico y *único en el mundo* por su eficacia y originalísima composición (azufre, calcio y carbono coloidales). *No contiene* los nocivos BISMUTOS, BICARBONATOS, MAGNESIAS, COCAINA, MORFINA, etc., que integran todos los demás específicos para el estómago. *No produce* estreñimiento y lo *suprime* totalmente. Cura, así, el *exceso* como la *falta* de ácidos. *No obliga* al régimen lácteo y permite en breve plazo *comer de todo*, con digestión perfecta. *No tiene* sabor alguno. Nacido al impulso de tenaces trabajos de Clínica y Laboratorio, ha conquistado su prestigio definitivo por la constante formulación que le dispensa nuestra cultísima clase médica.

**Frasco 6 pesetas**

También se expenden frascos dobles (medio litro) a 10 pesetas



El eminente doctor José Luis Madero, Profesor de Clínica Médica de la Facultad de Medicina de Cádiz, y especialista del aparato digestivo, dice en su extenso y notable informe:

«Entre las modernas conquistas que la actual terapéutica posee, «Neutrácido Español» ocupa hoy lugar eminente por la originalidad de su composición y por su eficacia en los más variados y graves procesos morbosos del aparato digestivo, ya que no se limita a mejorarlos, sino que los cura, estando indicado con preferencia a todo otro elemento para combatir las dispepsias hiperclorhídricas y anacidorhídricas, dilatación y úlcera de estómago, gastritis subaguda, etc. ...»

Solicite Vd. del concesionario exclusivo

D. José Marín Galán, Arjona. 4.—Sevilla, un notabilísimo y lujoso folleto que le será remitido gratuitamente.